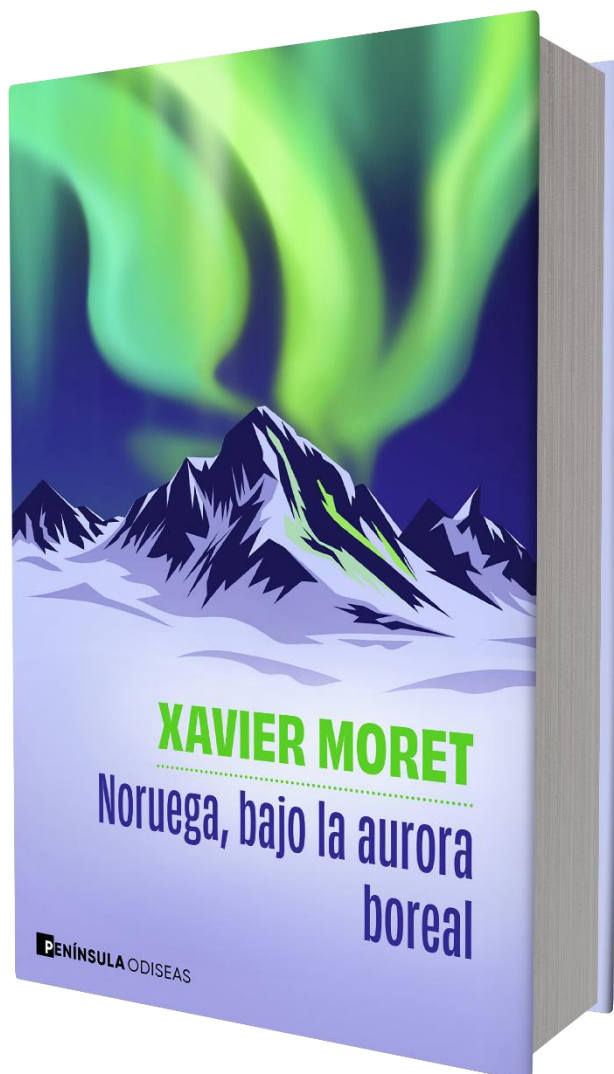


PENÍNSULA

Noruega, bajo la aurora boreal

Xavier Moret



A LA VENTA EL 13 DE MAYO

*Autor disponible para entrevistas

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
689 77 19 80 | easpas@planeta.es

SINOPSI

De sur a norte, un viaje por el país de los fiordos y el sol de medianoche

En 1972, con apenas veinte años y una mochila a la espalda, Xavier Moret hizo autostop hasta el cabo Norte. Allí, frente al acantilado, vio cómo el sol se detenía en el horizonte y volvía a ascender, como si el día se resistiera a terminar. Aquella luz fue el comienzo de una relación duradera con Noruega. Desde entonces ha regresado al cabo cinco veces, por carretera, en autocaravana o a bordo del mítico Hurtigruten, en invierno y en verano, siempre con la impresión de estar volviendo a un lugar que ya forma parte de su vida.

Este libro recoge esos viajes por tierras vikingas, vividos en distintas épocas del año, que han ido trazando un mapa personal del país. De las islas Lofoten a Oslo, ciudad de escritores y museos; de la lluviosa Bergen a Tromsø, la puerta del Ártico, Moret emprende de nuevo el viaje hacia el septentrión, entre fiordos y carreteras nevadas, para regresar al lugar donde todo empezó hace ya cincuenta años.

EL AUTOR

Xavier Moret es periodista y escritor. Ha trabajado en varios diarios, en televisión y ha viajado por todo el mundo escribiendo reportajes y libros de viajes. En 1998 publicó *América, América: Viaje por California y el Far West*. Le siguieron, entre otros, libros sobre Grecia (*Grecia, viaje de otoño*, 2016), Armenia (*La memoria del Ararat*, 2015), África (*A la sombra del baobab*, 2006, y *Tras los pasos de Livingstone*, 2019), China (*Días de Hong Kong*, 2013) y Japón (*Historias de Japón*, 2021). También es autor de varias novelas y de los libros *Menorca, la isla soñada* (2024) e *Islandia, la isla secreta* (2025).



ÍNDICE

Prólogo: Cabo Norte 1972	13
Primera parte: LAS ISLAS LOFOTEN	
1. El gran muro de las Lofoten y el tiburón boreal	23
2. Un precioso pueblo llamado Å	29
3. Reine y la pesca del bacalao	35
4. Henningsvær, Svolvær y el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial	43
5. Una casa en la montaña y el rastro de los vikingos	49
6. Las islas Vesterålen: el pueblo de Nyksund y el fin del mundo	57
7. El pintor Hugo Aasjord y la obsesión por el tiburón boreal	62
8. La isla de Skrova y el rastro de los antiguos pescadores	71
Segunda parte: OSLO	
9. Una ciudad abierta al mar	85
10. <i>El grito</i>	93
11. El <i>kos</i> , el placer de las pequeñas cosas	99
12. Grünerløkka, un barrio alternativo	103
13. Grønland, otra cara de Oslo	106
14. La ciudad de los escritores	111
15. La memoria de Noruega y de los exploradores	118
16. El trauma de los atentados de 2011	125
Tercera parte: DE STAVANGER A BERGEN	
17. Stavanger: de las latas de sardinas a los millones del petróleo	135
18. Excursión a la roca del Púlpito	142
19. Bergen, la capital turística	147
20. La cocina noruega, el bacalao y una receta recuperada	154
21. Una iglesia de madera con un trasfondo de <i>black metal</i>	160
Cuarta parte: FIORDOS Y TROLS	
22. Sognefjord, el fiordo de los sueños	167
23. La carretera de los trols	172
24. El maravilloso fiordo de Geiranger	179
25. Ålesund y el faro de Alnes	185
26. La carretera del Atlántico	190
Quinta parte: TRONDHEIM Y LA REGIÓN DE TRØNDELAG	
27. Trondheim, la ciudad de los bigotes	199
28. Las ruinas del monasterio de Tautra	207
29. La península de Inderøy y la Ruta Dorada	211
30. El pasado minero de Røros	218
31. El camino de los peregrinos de san Olav	224
Sexta parte: POR LA COSTA NORUEGA A BORDO DEL HURTIGRUTEN	
32. Las sorprendentes islas Træna	231
33. La montaña agujereada y las leyendas vikingas	238

34. Tromsø y el recuerdo de los cazadores de osos polares	243
Séptima parte: PERSIGUIENDO AURORAS BOREALES	
35. Por el bello norte helado	251
36. Carreteras heladas y horizontes blancos	256
37. Por territorio sami: Karasjok y Kaamanen	265
38. Entre samis y buscadores de oro	273
39. Auroras boreales y carreras de renos	280
40. Una vuelta por Suecia y regreso a Tromsø	288
Octava parte: EL NORTE DEL NORTE	
41. El ritual del largo camino hasta el cabo Norte	295
42. Kirkenes y la presencia china	301
43. Más allá del cabo Norte, rumbo a las islas Svalbard	306
Novena parte: JAN MAYEN Y SVALBARD, ISLAS DEL FIN DEL MUNDO	
44. Jan Mayen, la última isla	313
45. Las islas Svalbard, donde viven más osos que humanos	323
46. Las ciudades mineras rusas	329
47. La radio del fin del mundo	334
48. Caminando por el glaciar	343
49. Ny-Ålesund: los científicos y el cambio climático	350
50. 80º norte	357
Agradecimientos	361
Bibliografía	363

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

PRIMERA PARTE. LAS ISLAS LOFOTEN

La costa escarpada de Noruega, de más de mil kilómetros de longitud, cuenta con montañas que se desploman literalmente sobre el mar, creando un conjunto de bellísimos fiordos que se abren paso tierra adentro y más de trescientas mil islas (oficialmente, 239.057 islas y 81.192 islotes) que forman un puzle gigante lleno de canales y brazos de mar por donde pueden navegar los grandes barcos y donde no resulta fácil orientarse. Cuando navegas o circulas en coche por la costa, pasando por un entramado interminable de túneles y puentes, tienes la sensación de estar en un laberinto lleno de rincones maravillosos, y entre estos lugares destaca sin duda, por su belleza, el archipiélago de las Lofoten. Allí viven unas 25.000 personas que hasta hace pocos años se dedicaban a la pesca del bacalao, pero que últimamente se han visto tentadas, sobre todo en verano, por el dinero fácil del turismo.

Las altas montañas las siento ahora mucho más cerca, mientras circulo por una pequeña carretera donde la proximidad del mar y de las cumbres y los túneles estrechos y mal iluminados se encargan de subrayar la transición hacia un pueblo encantador que en la

entrada luce el curioso nombre de Å

—Es la última letra del abecedario noruego y se pronuncia O — me comenta una joven de Oslo que ha aparcado la bicicleta junto a mi coche y que, como yo, hace una foto del cartel—. Es un nombre bonito, ¿verdad?

—Y minimalista — sonrío.

—En nórdico antiguo significa ‘torrente’. Sea lo que sea, es un nombre que a la gente le resulta gracioso. Esto explica que cada dos por tres en los periódicos publiquen la noticia de que alguien ha robado este letrero.

Por lo que me dice la joven, tengo la impresión de que Å queda muy bien en las fotos, pero hace años que ha dejado de ser un pueblo de pescadores para convertirse en una especie de pueblo museo.

En Svolvær me llama la atención el museo dedicado a la Memoria de la Guerra, fundado en 1996 por William Hakvaag, un personaje con un pasado de músico de rock. Allí se explica, a través de una exposición que incluye numerosos uniformes, objetos militares, mapas y fotografías antiguas, cómo fueron los cinco años de ocupación de Noruega por parte de los nazis, entre el verano de 1940 y 1945.

Un día me detengo frente a un impresionante edificio alargado, como un gran barco varado al revés, que se encuentra a unos pocos kilómetros de distancia. Un cartel indica que se trata del Museo Vikingo de las Lofoten. Tiene 83 metros de longitud y es una reconstrucción de una de las alargadas casas en las que los vikingos hacían vida comunitaria. En el interior hay una exposición con los objetos que encontraron en la excavación arqueológica del antiguo poblado de Borg y una representación, con actores de carne y hueso, de cómo debía de ser la vida de los vikingos en las islas. También se llevan a cabo demostraciones de artesanía vikinga y, pagando un extra, banquetes al estilo vikingo, con mucha carne y, por supuesto, mucha cerveza.

Nyksund me gusta desde el primer momento. Fue un pueblo importante para la pesca del bacalao y de las ballenas, pero fue abandonado por primera vez a finales del siglo XVIII — estaba situado en un lugar demasiado inhóspito, lejos de todo—, y por segunda vez en los años setenta. Cuando llego, me invade la sensación de estar en el culo del mundo, rodeado de rocas y de un mar amenazador que se va alborotando por momentos. Una gran mandíbula de ballena abandonada sobre las rocas, como una escultura postmoderna, ilustra la dureza de los viejos tiempos.

En 1958 se llegaron a cazar 4.741 ballenas en las Lofoten. Pero eran otros tiempos, claro, unos en que había 192 barcas dedicadas a esta caza. Desde entonces, la cifra de capturas ha ido disminuyendo por los costes cada día más altos de este tipo de pesca y porque las leyes internacionales protegen a las ballenas. Noruega tiene, de hecho, una cuota anual de 1.286 ballenas Minke, pero hace ya años que no llega ni a la mitad de esta cifra.

SEGUNDA PARTE. OSLO

Cuando el avión de Norwegian inicia el descenso para aterrizar en el aeropuerto de Oslo, tengo la sensación de que la naturaleza que rodea a la ciudad tiene tanta fuerza que las

casas que se divisan, diseminadas entre el verde y las orillas de los lagos de todos los tamaños y formas, parecen estar fuera de lugar, como si fueran un flagrante error de guion. A un lado está el fiordo, que ofrece un laberinto de brazos e islas cubiertas de verde, y al otro una sucesión de bosques y lagos que se extiende hasta empalmar con las montañas espectaculares que no terminan hasta unos dos mil kilómetros de la capital, en el cabo Norte (la punta que se dice que marca el fin del continente europeo). Y es que, como escribió el poeta noruego Rolf Jacobsen (1907-1994): «Es largo este país / y la mayor parte es norte». Josep Pla (1897- 1981), que viajó por primera vez a Noruega en los años veinte, lo describió de otro modo: «Es difícil no quedar en ridículo en este país de grandiosidades geográficas donde la tierra os va fantásticamente grande».

La explotación del petróleo y del gas del mar del Norte a partir de los años setenta ha hecho de Noruega un país más rico que Suecia, y esto se nota hoy en el alto nivel de vida de los noruegos, en las muchas obras públicas que hacen (entre ellas un sinfín de puentes y túneles) y en la gran renovación urbanística de Oslo.

Que Munch no solo pintó *El grito* queda claro en una visita al Museo Munch, donde se muestra más de la mitad de la obra pictórica del artista, quien a su muerte en 1944 dejó a la ciudad de Oslo más de 1.100 pinturas, 15.000 dibujos, 4.700 esbozos y seis esculturas, además de blocs de notas, libros y fotografías. El verano de 2021 un total de 38.000 piezas fueron trasladadas del antiguo Museo Munch, en el barrio de Tøyen, al nuevo Museo Munch, uno de los más grandes del mundo dedicados a un solo artista.

Y es que Noruega es un país de acogida: aproximadamente el 16 por ciento de sus 5,5 millones de habitantes son extranjeros. En Oslo, en concreto, se dice que un tercio de los residentes son inmigrantes. —Antes había muchos polacos, que tienen fama de ser muy trabajadores — me señala Enric—. Ahora, desde la guerra, están llegando muchos ucranianos. Los refugiados, por su parte, saben que Noruega es el país del Premio Nobel de la Paz, y por eso muchos acuden aquí para solicitar asilo político. La inmigración ha crecido mucho en los últimos años, aunque aquí existe el Partido del Progreso, que se opone abiertamente a la inmigración. Los lituanos, suecos, sirios, indios, pakistaníes, africanos, libaneses y chinos también están muy presentes entre los inmigrantes.

El noruego tiene, de hecho, muchos dialectos y dos lenguas oficiales escritas: el *bokmål* y el *nynorsk*. El primero puede traducirse como 'lengua de libros', es parecido al noruego que habla la gente de Oslo y lo utiliza un 90 por ciento de la población noruega; el segundo, 'nuevo noruego', se basa más en los dialectos del noruego y lo utiliza el 10 por ciento restante.

Una de las apuestas más originales de la Deichman es la biblioteca del futuro. Se trata de un proyecto ideado en 2014 por la artista escocesa Katie Paterson que consiste en guardar bajo llave textos que no podrán leerse hasta 2114. De momento cuenta con textos de autores como Margaret Atwood, David Mitchell, Han Kang o Karl Ove Knausgård, entre otros. Hasta 2114 no se publicará el primero de los manuscritos.

Las *stavkirke* son unas originales iglesias medievales, construidas con madera y a menudo con una decoración de rostros barbudos, dragones y animales mitológicos que enlaza con los antiguos monumentos de los vikingos. En Noruega había muchas, pero ahora solo se conservan veintiocho, algunas de ellas muy grandes, como la de Heddal. La del Museo del

Pueblo Noruego es un buen ejemplo, pero si se quiere profundizar en este mundo merece la pena leer la novela *Las campanas gemelas*, de Lars Mytting, en la que describe muy bien cómo era la sociedad de aquel tiempo y la importancia que tenían las iglesias de madera.

TERCERA PARTE. DE STAVANGER A BERGEN

La maquinaria expuesta es antigua y las fotos, los anuncios de época y las etiquetas de las distintas marcas ayudan a hacerse una idea de cómo era la industria conservera de sardinas, la que constituyó la primera fuente de riqueza de Stavanger. Me fijo, entre los numerosos objetos expuestos, en una lata oxidada que Roald Amundsen se llevó en una de sus expediciones polares.

[...] Con todo esto, Stavanger se ha consolidado como la capital del petróleo de Noruega y ha crecido hasta convertirse en la tercera ciudad del país. Otra ciudad mucho más al norte, Hammerfest, también se ha beneficiado de las perforaciones con la construcción de la primera planta para licuar gas natural en la isla de Melkøya.

En cualquier caso, desde el primer momento queda claro que Bergen, que fue durante unos años capital de Noruega, es una ciudad preciosa, con una larga historia detrás y con una riqueza antigua ligada al comercio del bacalao que se pesca más al norte. Sin embargo, la riqueza más moderna se basa en el petróleo y en un turismo en constante crecimiento, como lo prueban los numerosos cruceros que salen del puerto a diario para ir a explorar los fiordos y más allá. Cuando llego a Bergen desde el aeropuerto me sorprende ver que el autobús recorre una amplia zona de bosques y colinas antes de llegar al centro, como si la ciudad estuviera escondida en un lugar secreto. Y en cierto modo, así es: Bergen está rodeada de vegetación y de montañas, lo que explica la abundancia de lluvia.

CUARTA PARTE. FIORDOS Y TROLS

Quienes han visitado Noruega saben que el gran espectáculo de la naturaleza de este país nórdico son los fiordos. Y quienes no han estado probablemente también lo saben, porque las numerosas fotos y reportajes televisivos lo han pregonado en el mundo entero. Es cierto que también hay fiordos en países como Islandia, Groenlandia y Nueva Zelanda, pero los de Noruega son de una belleza excepcional, incluso en algunos casos dramática, que supera lo imaginable. De hecho, los originan las altas montañas que parecen desplomarse de repente sobre el mar, creando unos brazos de agua que a veces se adentran muchísimos kilómetros tierra adentro, como si quisieran llevar el mar hasta la puerta de todas las casas noruegas. El récord de longitud lo tiene el Sognefjord, el fiordo de los sueños, cerca de la ciudad de Bergen. Mide 204 kilómetros de largo y ofrece unos paisajes maravillosos. Toda una tentación.

La navegación a bordo del crucero permite vivir a fondo el mundo del Aurlandsfjord primero y del majestuoso Sognefjord después. Es el sueño de navegar entre montañas, de contemplar la belleza del paisaje y los constantes juegos de luz. Y vislumbrar los miles de rincones que abre el mar en Noruega, con cascadas impetuosas y granjas y pueblecitos casi escondidos, empequeñecidos por la grandiosidad del paisaje que los rodea.

La carretera de los trols tiene fama de ser una de las más bonitas de Noruega, o por lo menos de las más espectaculares. Se construyó en 1936 y hace años que es una atracción turística donde motos y coches hacen cola para recorrer sus once curvas de 180 grados y sus 700 metros de desnivel. Permanece abierta entre los meses de mayo y octubre, siempre que no haya avalanchas, y en la base hay un cartel que anuncia «Peligro: trols», con lo que ya avisa de que es una carretera distinta.

Una vez arriba, a 700 metros de altura, reconozco que la excursión merece la pena. El paisaje que nos rodea es precioso; frente a nosotros, tenemos a un lado una montaña imponente, con forma de gorro frigio, y al otro Trollveggen, la Pared de los Trols, el muro vertical más alto de Europa.

Ålesund es otra preciosa ciudad noruega de la costa. Hay tantas que resulta difícil elegir la mejor, a pesar de que la mayoría de las guías turísticas se inclinan por Bergen y Tromsø. Creo que Ålesund también podría competir en esta liga. Se trata de una ciudad de alrededor de cien mil habitantes que cuenta con un casco antiguo muy cuidado, estructurado alrededor de un puerto que parece entrar por todos los rincones. Cuando llego, en un día de otoño, llueve y hace frío, pero cuando entro en el Jugendstil Center (Centro del Modernismo), instalado en una antigua farmacia, me olvido del frío y de la lluvia. Es como si hubiera subido a una máquina del tiempo que me transporta, a través de una exposición de vídeos y fotos antiguas, a la desgracia del 23 de enero de 1904, cuando un gran incendio destruyó buena parte de la ciudad. Las casas, de madera en su mayor parte, fueron la causa de que el fuego se propagara muy deprisa.

A la mañana siguiente, cuando sale el sol, visito el Museo Sunnmøre, fundado en 1931. Se trata de un museo que permite sumergirse en la historia de Noruega, porque hay más de cincuenta casas típicas, desmontadas en su lugar de origen, trasladadas a Ålesund y reconstruidas en el museo. Hay casas de pescadores, de granjeros, de pastores... Muchas tienen hierba en el tejado, como se hacía antiguamente. Para darle una dimensión más humana, a los responsables del museo se les ocurrió grabar las voces de los antiguos habitantes. De este modo se conserva la memoria de las casas. Por otra parte, hay un pabellón lleno de barcos en el que se puede seguir la evolución de las naves, desde los antiguos vikingos hasta la actualidad.

QUINTA PARTE. TRONDHEIM Y LA REGIÓN DE TRØNDELAG

—Trondheim es como Girona — me dice de entrada Josep—. De hecho, puedo decir que yo he venido a vivir a la Girona del norte. Me gustan estas ciudades pequeñas en las que puedes encontrar de todo, pero donde no hay un exceso de gente. A Trondheim es fácil seguirle el ritmo. Si hace sol, en invierno todos se van a esquiar a las colinas que hay cerca de la ciudad; en verano, en cambio, van al barrio de Solsiden, donde hay un centro comercial, restaurantes y cafeterías con terraza. No es como Barcelona, donde cada día pasan muchas cosas.

A continuación visitamos los restos de una iglesia muy interesante, la Kirken Under Gaten ('iglesia debajo de la calle'). Se encuentra en los bajos de un edificio moderno y todo lo que se conserva es un altar de piedra, unas vigas muy antiguas y algunos objetos que se

encontraron. En cualquier caso, a los ciudadanos de Trondheim les gusta reivindicar esta iglesia, que les permite remontarse a las antiguas raíces de la ciudad, que data del siglo XI, aunque fue sometida a sucesivas renovaciones. Cerca está la impresionante catedral gótica de Trondheim, llamada Nidarosdomen, de grandes dimensiones, que empezó a levantarse en el 1152 sobre la tumba del rey Olav Haraldson, que murió en 1030 en la batalla de Stiklestad y fue santificado un año después de su muerte. Olav se convirtió al cristianismo en el 1010 y extendió esta religión por toda Noruega. Como homenaje, hoy hay peregrinos que recorren muchos kilómetros de lo que se conoce como el Camino de San Olav, una de las rutas de peregrinaje más importantes del norte de Europa.

A primera hora de la tarde llego por fin a Røros, una ciudad de unos cinco mil habitantes que no se parece a ninguna otra de las que he visto hasta ahora en Noruega. Tiene dos calles principales — largas, rectas, sin aceras— que ascienden con una fuerte pendiente montaña arriba hasta las instalaciones de lo que fue una productiva mina de cobre. A ambos lados hay un conjunto bien conservado de casas de madera de los siglos XVIII y XIX, con una gran iglesia de piedra en lo alto, construida en 1784, en un tiempo en que la mina daba mucho dinero. —A diferencia de otras poblaciones noruegas, aquí, como no hubo grandes incendios, las casas se han conservado en buen estado — me dice el chico de la Oficina de Turismo—. Gracias a esto, Røros es como un pueblo museo.

SEXTA PARTE. POR LA COSTA NORUEGA A BORDO DEL HURTIGRUTEN

Hurtigruten, que significa ‘ruta exprés’, empezó a ofrecer sus servicios, tanto de pasajeros como de carga, en el año 1893, gracias a un contrato que el Gobierno noruego firmó con esta compañía para comunicar las distintas poblaciones de la costa norte, en un tiempo en el que las carreteras no llegaban tan arriba. El 2 de julio de 1893 el primer barco de Hurtigruten enlazó los puertos de Trondheim y Hammerfest, pero actualmente los barcos de la compañía empiezan desde más al sur y van más al norte, haciendo escala en treinta y cuatro puertos de la costa noruega, de Bergen hasta Kirkenes.

Lo que tiene de bueno Hurtigruten es que quizá hace escala en lugares en los que ya has estado, pero también te permite descubrir lugares nuevos, como es el caso de las islas Træna, un archipiélago alejado de la costa que consta de unas quinientas islas, la mayoría islotes, de las cuales solo cuatro están habitadas.

—La montaña es el centro de una leyenda vikinga que habla de un rey llamado Torg — nos informa Liv—. Tenía una hija muy guapa y llegó un hombre muy feo del norte que quería casarse con ella. El rey se opuso y el hombre feo, indignado, disparó una flecha contra la chica. Iba bien dirigida, pero el rey consiguió pararla con su sombrero mágico. Por eso, según la leyenda, la montaña lleva el nombre de Torghatten, ‘el sombrero de Torg’. En medio de la montaña hay un gran agujero que se formó, según los geólogos, a partir de una cueva muy honda que se fue erosionando por ambos lados. Mide 160 metros de largo, por 35 de alto y 20 de ancho. Se sube hasta allí por un caminito de escaleras de piedra que rehicieron hace unos años unos obreros llegados expresamente desde Nepal.

Tromsø es otra ciudad noruega de un encanto innegable. Situada en una isla pegada a la costa, 350 kilómetros por encima del círculo polar ártico, cuenta con la universidad más al

norte del mundo, un cine de 1915, un interesante Museo Polar, una biblioteca moderna y luminosa, y Ølhallen, un pub fundado en 1928 que durante mucho tiempo fue la fábrica de cerveza más al norte del mundo, hasta que en 2009 la desbancó otra que abrió en las islas Svalbard, ya en territorio ártico. Por si todo eso no fuera suficiente, Tromsø también se permite el lujo de tener un Bar de la Estación, a pesar de que la ciudad no tiene estación de tren alguna.

SÉPTIMA PARTE. PERSIGUIENDO AURORAS BOREALES

Es lo que tienen las auroras. Como dicen en Noruega, son damas caprichosas: de entrada solo pueden verse en las latitudes nórdicas donde nos encontramos — cuando el cielo está oscuro—, lo que descarta el verano, la estación en que reina el sol de medianoche. Por otra parte, se forman cuando las tormentas solares llegan a la Tierra y se desvían hacia el polo magnético, pero no siempre hay actividad solar. Afortunadamente, una web de la NASA permite seguir esta actividad y saber cuándo hay más posibilidades de que haya auroras.

[...] Cuando llegamos a lo alto de la colina, sin ninguna casa a la vista, Andoni frena y salimos del coche. En el límite del horizonte, por encima de las montañas, se intuye una aurora, una columna de humo de color verde que al cabo de unos minutos se desdobra y empieza a ondear suavemente, como una bandera de seda. —Los samis dicen que estas luces son los espíritus de los antepasados intentando comunicarse con sus descendientes — comento en voz alta.

La policía de los renos, creada en 1949, es una rama de la Policía noruega encargada de dirimir los problemas que puedan surgir entre las familias propietarias de los distintos rebaños de renos. El hecho de que los samis sean una población nómada lo complica todo, porque no respetan las fronteras entre Noruega, Finlandia y Suecia. En verano van con sus rebaños en busca de buenos pastos y no entienden de fronteras. Se calcula que entre Noruega y Suecia hay medio millón de renos, y no es fácil resolver a qué rebaño pertenece cada uno.

Cerca de Enontekiö, aún en la Laponia finlandesa, hemos visto un gran cartel en el que se informa de que estamos circulando por la Northern Lights Road, 'la carretera de las auroras boreales'. Creemos que es un buen augurio, pero este no se cumple hasta llegar a Abisko, un pueblo sueco de montaña a 90 kilómetros de Kiruna y cerca de la frontera noruega.

OCTAVA PARTE. EL NORTE DEL NORTE

El navegante inglés Richard Chancellor fue quien, en 1553, bautizó la punta septentrional de Europa con el nombre de cabo Norte. Fue a parar allí mientras formaba parte de una expedición que buscaba navegar por el famoso Paso del Nordeste. En 1664 se tiene constancia del primer turista que llegó hasta aquellas latitudes. Se trata del sacerdote italiano Francesco Negri, que llegó al cabo Norte a pie. [...] Más de un siglo después, en

1795, el príncipe francés Luis Felipe de Orleans llegó hasta allí huyendo de los revolucionarios franceses.

Cuando desde la cubierta del barco de la compañía Hurtigruten veo cómo se va alejando la costa norte de Noruega, tengo la impresión de que abandonamos un territorio conocido para adentrarnos en las aguas del misterioso mar de Barents, por donde navegaban los antiguos exploradores para ir de expedición al Ártico. La capital de las islas Svalbard, Longyearbyen, será la siguiente escala, pero todavía queda muy lejos, a unos mil doscientos kilómetros de distancia, a dos días de navegación.

NOVENA PARTE. JAN MAYEN Y SVALBARD, LAS ISLAS DEL FIN DEL MUNDO

No es fácil viajar a Jan Mayen, una isla volcánica y misteriosa que pertenece a Noruega pero que queda lejos de todo, en el límite entre el Atlántico norte y el Ártico. Se encuentra a 950 kilómetros de la costa noruega, a 550 de Islandia y a 500 de Groenlandia.

Son muchas horas de navegación por alta mar, sin ninguna costa a la vista, pero la travesía vale la pena. El mar es de un color gris metálico, nada que ver con el azul del Mediterráneo, y avanzamos bajo una cúpula de nubes oscuras. Gris sobre gris. En el horizonte, los nubarrones son de una consistencia aún más densa, de una negritud que se presenta como una amenaza. Para romper la monotonía aparece de repente una ballena.

Jan Mayen fue descubierta en 1607 por el navegante inglés Henry Hudson, que decidió aparcar la modestia y la bautizó con su nombre. Después, a medida que iba cambiando el propietario, se llamó Île de Richelieu, Isabela y Jan Mayen. Este último, que es el nombre que ha quedado, corresponde a un capitán de los Países Bajos.

Las islas Svalbard, situadas a unos ochocientos kilómetros al norte del cabo Norte, y a unos 1.000 al sur del Polo Norte, entre los 74° y los 81° de latitud norte, son un archipiélago de soberanía noruega donde el paisaje del Ártico se expresa en toda su magnitud. En estas islas, antiguo reducto de balleneros, viven más osos polares que humanos (unos tres mil frente a unos dos mil quinientos) y está prohibido salir de las zonas habitadas si no vas acompañado de alguien que lleve un fusil. Por si aparece un oso, claro. Y es que las Svalbard son un mundo aparte, con una naturaleza espectacular que invita a la aventura.

Las Svalbard, por otro lado, tienen fama de ser unas islas en las que está prohibido morir. La razón de esta original prohibición reside en el pequeño cementerio que hay en las afueras de la ciudad. Son solo una veintena de cruces de madera, todas iguales y pintadas de blanco, clavadas directamente en la tierra. La mayoría de los aquí enterrados son mineros que en 1918 fallecieron por culpa de la gran epidemia de gripe. Cuando hace unos años desenterraron uno de los cadáveres, para ver en qué estado se encontraba, se percataron de que el permafrost lo había conservado congelado y que, por lo tanto, el virus de la enfermedad todavía se podía contagiar. Solución: el Gobierno noruego dictaminó que allí no se podía enterrar a nadie más. Ahora, cuando envejeces, o cuando enfermas de gravedad, te envían al continente.

Longyearbyen es la ciudad más al norte del mundo, pero en las mismas Svalbard hay una población situada 100 kilómetros más al norte aún. Se trata de Ny-Ålesund, un pueblo donde solo viven entre treinta y ciento cincuenta científicos, dependiendo de la época del año, que se dedican a estudiar a fondo el cambio climático. Allí el Polo Norte queda cerca, a solo 1.231 kilómetros.

En el islote de Møffen, que son tan solo unas pocas rocas alargadas y llanas, un grupo de morsas yace sobre la arena negra, ajenas a la emoción de los pasajeros que acabamos de cruzar la línea imaginaria del paralelo 80. Detrás de nosotros tenemos la costa montañosa y nevada de las islas Svalbard. Más allá del islote, en dirección norte, se insinúa la línea blanca donde empieza la banquisa, el mar de hielo. Está muy cerca, inquietantemente cerca.